

Tiendas con papagayos y periquitos de irisados colores —el amarillo y el gris tejen su sonatina de contrapuntos—; camiones grandes sobre el suelo único del asfalto —como el del poema de Bastera— transportando himalayas de hielo pulverizado; otros cargados de cadáveres marinos, atunes negros con el lomo erizado por las puntas de azagayas amarillas; banderas saludando con toda su policromía, al Noroeste —la española, sangre y oro toreros; la inglesa, como una hermosa marca de fábrica; la sueca, pálida y elegante, con aire de dama de los hielos lactustres; la holandesa, con nostalgia de Curaçao bajo el botalón; la portuguesa, sobre viejos barcos de las orillas del Lamego; la italiana, siempre con aire de *bersaglieri* emigrante...—; las grúas pequeñas y grandes luciendo su telaraña y sus patas de mosca vueltas al cielo; la aglomeración junto al mercado por donde pasa la harina de la Argentina, el cacao de Guinea, los paños de Tarrasa y los pañuelos estampados multicolores.

—A mi niña le llevo un pañuelo “pa” que lo luzca en la fiesta de Santiago.

Y allí, junto a la cesta con calabacines, el carro que se atasca entre la gente, el trato de una barca, el olor a salitre y a brea, y, cuando es época, los guayabos de los huertos del Sur y los aguacates de la finca del Conde, hermanados con la mantecquilla de Dinamarca, de Australia o de Nueva Zelanda, el melón en compota de Sudáfrica, los quesos holandeses o los mecheros en colores fríos llegados de Tánger; allí, donde no falta el hombre desaharrado que cruza la calzada con una montaña de calas limpias como cálices de plata y oro; la chiquillería del puerto con el rostro vivo de la Manigua; el descoco de los cabarets mostrando todas sus lacras a la luz del día; las “guaguas” que van a partir; las “colas” de la carga blanca; el coche de los turistas de un “Andes” que está en el puerto anclado, o los negros llegados en el *Apapa* con aire de nuevos señores y telas anaranjadas; la figura de una extranjera con los pantalones y el jersey rojo y una chaqueta azul; la fealdad de las tapias, de los depósitos de la Shell o de la Texaco, el “haiga” recién llegado de Puerto Rico con una antena tan alta como una torre.

—Naranjas de Valsequillete, señora.

—A mí deme “usté” un kilo.

—“Uan peni, uan peni”.

Y noruegos que piden alcohol;

# LA ISLA

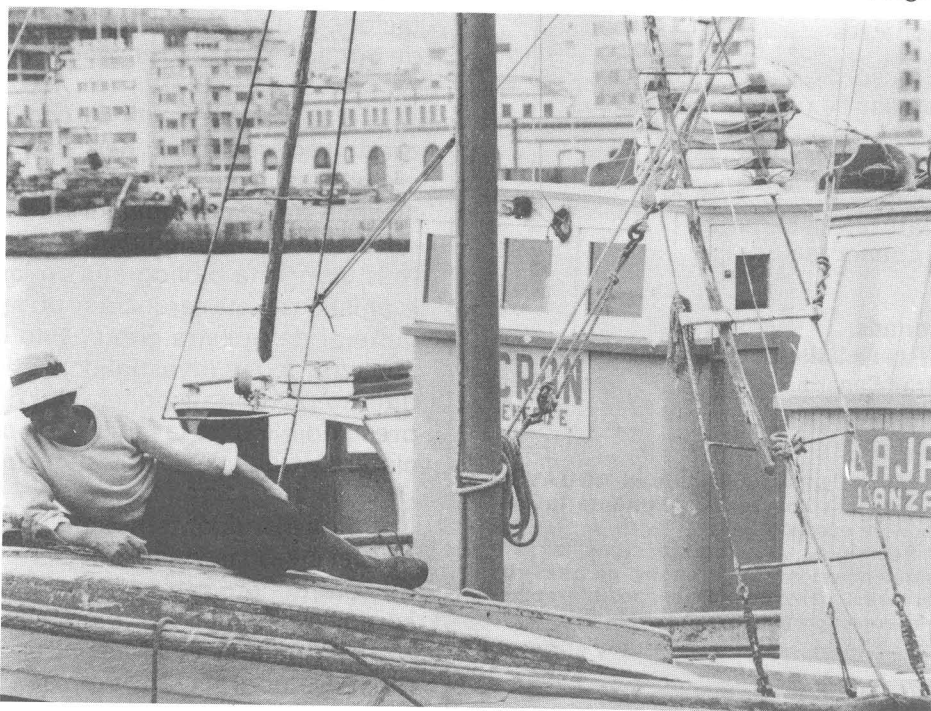
## El Puerto

italianos que aprenden español en las dos horas de estancia del “paquete” entrante; ingleses que van camino de la catedral o de Santa Brígida —los “juanitos”, los “chonis” rubicundos y dorados de siempre y todas las latitudes del planeta—. Este es el puerto, policromo y sonoro, como la estampa de un puerto español mezclado a otro donde las casas inglesas tuvie-

las iglesias y las farmacias, ni el paso marcial de las tropas, ni grandes almacenes donde se acumulan los guanos y las maderas ligeras donde los hermosos frutos pasan envueltos a Liverpool o Barcelona. Y todo, todo esto, volcado o reflejándose en las aguas negras, amarillas, ocre, azules o verdes de la bahía y de las dársenas interiores, donde flotan montones de paja, flores deshojadas, polvo de carbón, grasas de todas las procedencias; donde las gaviotas se persiguen chillando por los despojos de la cocina del barco anclado la noche anterior, sus cáscaras de naranjas, sus telas de cebolla, y a las que al atardecer atrapa peleando por el último rayo de luz amarilla que se refleja en la espuma de una estela.

### Los navios

Tienen mis islas, en el sur, navios de todas las estampas: “barcos anclados, brillando entre las ondas muertas de la bahía”, “un bricbarcas blanco, fletado en Singa-



sen depósitos de carbón y las americanas de gasolina, con la bandera griega del Mediterráneo y otras salidas del mismo Golfo de Botnia llevando la cruz azul; con sus rollos de cordajes —donde falta el marino de sotabarba— a la puerta de los almacenes de Efectos Navales, al lado el club de los British Sailors y del hospital para marinos ingleses, cerca de algún casco de barco puesto a secar al sol, y en la ribera donde los carpinteros trabajan todavía en la arquitectura de sus barcos de madera. No faltan los balcones de tea canaria voladizos sobre la marea, ni

poore”, o “la blanca arboladura de un bergantín latino”...

Con la bordada lenta enfilaba el breve muelle —aquella mañana de sol que ponía rojos los pinares, resplandor en los cristales y rachas verdes y azules en el mar—, un hermoso velero de tres palos. Iba a ser bautizado en el puerto —orgullo de los armadores, gloria de la empresa comercial que ya extendía su pujanza sobre los Estados de la Unión y las lejanas colonias. Todo era bello en aquel caballo del mar descendido del carro de Neptuno. Los bellos espumosos vomitaban en aquel



momento el resoplar potente de una gruesa cadena de hierro, en la cual pendía el ancla negra, para hundirse en breve tiempo, en el agua, al socaire del malecón.

El navío llevaba como mascarón de proa una hermosa sirena, y estaba destinado a la ruta de América. Quizá de Las Palmas, de Santa Cruz de Tenerife y de Santa Cruz de La Palma hiciera el viaje, en breve, a La Guaira o Puerto Cabello o La Habana. Sus velas se arriaban y recogían en perfecto orden, y el baldeo de la cubierta había puesto un reciente frescor en el limpio maderamen. No tenían aquellos barcos de entonces la suciedad de los nuestros, rociados de carbonillas. Tenían quillas, como pechugas de gaviotas. Eran símbolos de una empresa en que llegaban a las islas la canela y el gengibre al lado del extracto de "hamamelis", o un piano de cola fabricado en Baltimore. Llevaban en su esqueleto algo de monstruo marino disecado. En los repletos sollados lo mismo venían las telas embarcadas en Liverpool que la multicolor algarabía de papagayos y las cacatúas de Santos o Pernambuco.

Desde el salón, donde en Navidades aparecía colgado de juguetes el árbol de Noel cubiertas las paredes de tapices de caza, contemplaban las nuevas generaciones los bisabuelos. Ellos tenían una tonalidad de gris parisiense en el óleo que se iba oscureciendo; él, con una solemne barba negra y cuadrada; ella, casi vestida a la moda

de hoy. No sé cuándo ni sé cómo se terminó todo aquello.

Lo cierto es que los navíos dejaron de navegar un día. las recias arboladuras se fueron enmohecando con el tiempo que pasaban en los almacenes. Ya hacía mucho tiempo que habían descargado su último matalotaje de fardos pesados en los muelles polvorientos. Carcomidas las carenas, los pólipos y las clacas se apoderaban de los venerables restos olvidados en las dársenas. También se enmoheció el pensamiento de los descendientes de aquella generación que vio brillar siempre el oro de las pelucanas y de la caballería de San Jorge, o la de la Gran República del Norte, con patillas de Abraham Lincoln. Todavía alcancé a conocer a don Evaristo, con patillas de esta clase, marino de guerra de alta graduación, pero sólo vi brillar cajones con plata.

La historia de los navíos es triste. Aquellas viejas fragatas lucían:

bajo el botolón, enristrado la proa

policromado en roble un caballo marino.

O también:

un fanal primoroso con una imagen linda.

Sería necesario ser un Homero para seguir el girar de las horas a través de los años, con la historia comercial de Canarias y con el "Canarias mata" sentir algo así como cuando se pronuncia el "esta es Castilla, ella hace los hombres y ella

los gasta". Así fue Canarias: ella hizo las fortunas en las encrucijadas y ella las gastó y las dividió para de ellas extraer la esencia de otras nuevas, nuevas empresas que ya no tienen perfume ni supieron jamás lo que es el oro, ni los arcones de caoba con herrajes negros. Cabalgan en competencia, y por ello tienen hoy nuestras ciudades nuevos ritmos de ciudades italianas del Renacimiento, en las que parecen a surgir las banderías de los Orsinis, Viscontis, Médicis y Borgias, y las de aquellos fabulosos Montescos y Capuletos, quizá por más fantásticos más reales: "La mariposa de los sueños sube con su carroza argentina por la nariz de un bachiller, y el cosquilleo de sus diminutas patitas llega al cerebro para agrandar la ambición aún tierna como la yema verde de una semilla: licenciado, ilustrísimo señor doctor, rector de la Universidad de San Fernando. Cosquillea en el brazo un grumete dormido en su hamaca, y traslada al dormido grumete a la escalerilla, mientras sueñan los toques de ordenanza anunciando que el almirante sube al barco insignia bajo banderas desplegadas".

Así fueron los sueños de ambición desde que el último bergantín, "velívolo y sonoro", se perdió en Occidente, en el mar de sangre del atardecer.

**ANTONIO DE LA NUEZ**